

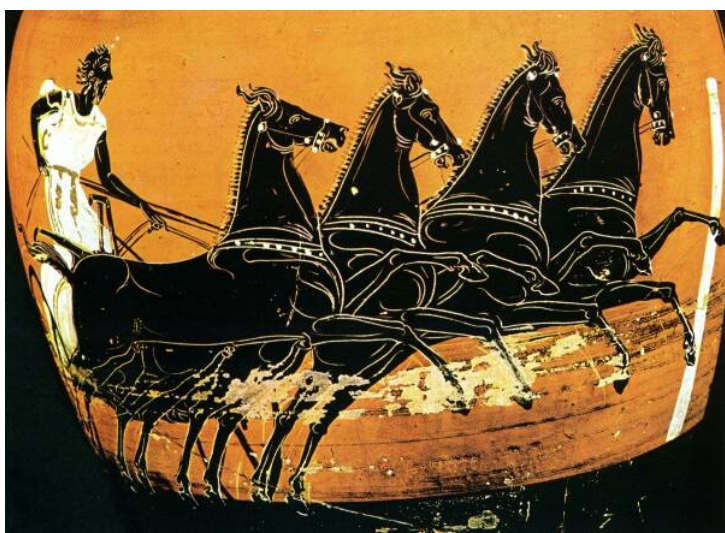
Un milenio de cuadrigas: *hipótai* y *agitatores*

Por: Juan Antonio Icardo

Al menos durante mil doscientos veinticinco años hubo carreras de carros. La primera que se puede fechar se celebró en Olimpia en el año 680 a.C.: entonces los cocheros se llamaban *hipótai*. Y fue Totila, rey ostrogodo, quien las suprimió en el 545 de nuestra Era, cuando los carros del circo eran conducidos por *agitatores*.

Ya los cristianos habían iniciado mucho antes la labor de poda. Los *ludi circenses* se consideraban –y lo eran– fiestas paganas, consagradas a los antiguos dioses. Y aunque habían ido perdiendo su carácter religioso, aún eran capaces de vaciar Iglesias: en el siglo IV, un Viernes Santo, los fieles prefirieron caballos a Oficios sagrados. Nos lo cuenta San Juan Crisóstomo con santa indignación: un orador no perdona que se le robe auditorio.

Otras razones explican también su desaparición. Celebrar aquellos espectáculos suponía una vida municipal y una estructura económica muy desarrolladas y estables. Pero habían llegado los bárbaros y no estaban los tiempos -ni las arcas públicas- para carreras de caballos. Así que se fueron desmontando los circos para construir con sus piedras y en sus solares, iglesias y palacios: el reciclaje también tiene ideología. Se habían quedado vacíos los grandes establos y olvidados los colores de las *factiones* que competían en los hipódromos; cesó la actividad de los transportistas especializados en llevar y traer caballos, por mar y por tierra, a todas partes; desaparecieron las yeguas de carreras en los grandes latifundios de la Bética y la Lusitania. Y a los aurigas, alguno de los cuales habían sido héroes populares intocables, no se les permitía entrar en las iglesias, a no ser que abjurasen de su oficio circense.



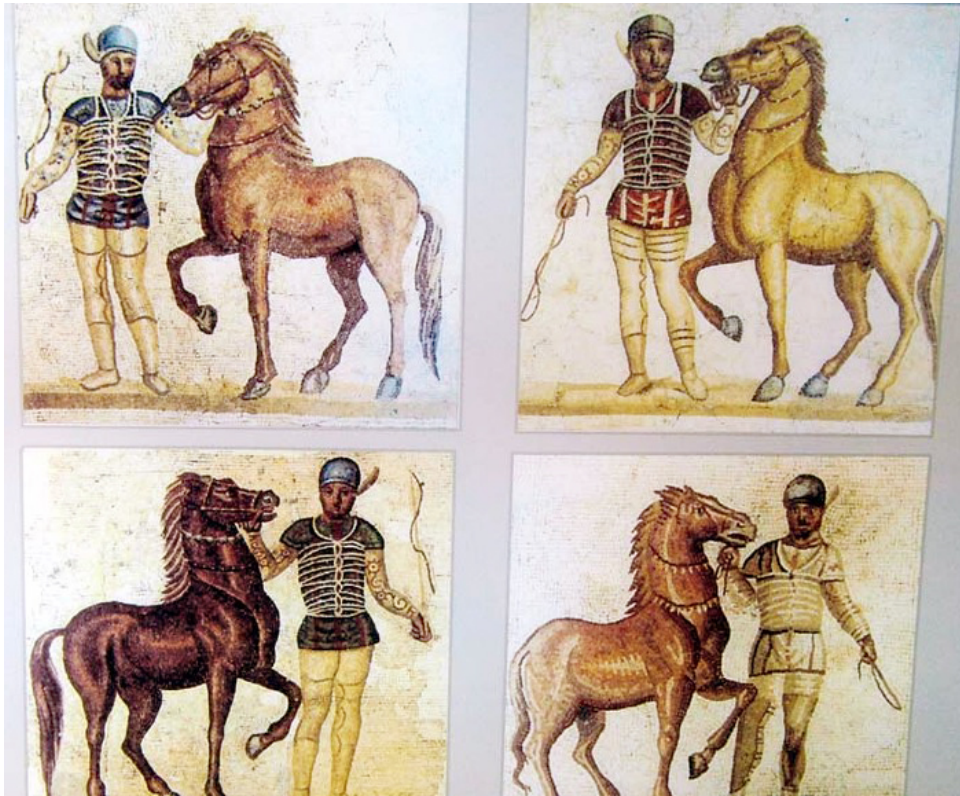
Hipotes griego



Auriga de Delfos

Las carreras no habían sido lo mismo en la Grecia antigua, que en el mundo romano. Mientras que en Grecia, la pista de carreras (*to hipikôn*) era un espacio plano sin *spinna* o murete central, ni pretensiones monumentales, en el mundo romano los circos llegaron a ser enormes construcciones, cuya *spinna* estaba profusamente decorada con esculturas y

hasta obeliscos. Los cocheros griegos (*hipótai*), vestían camisolas de manga corta, que les llegaban a los tobillos, mientras que los romanos (*aurigae*, *agitatores*) iban con casco, faldellines y con las piernas vendadas; en Grecia, se daban nueve o doce vueltas a la pista, mientras que en Roma, solo siete: eso sí, en ambos casos, en sentido contrario a las agujas del reloj. Caballos y carros pertenecían y representaban en Grecia a aristócratas y monarcas, que eran quienes cosechaban la gloria de los triunfos; en Roma las *factiones* eran auténticas empresas participadas por mucha gente, que se identificaba con su color y que llegaron a ser “mucho más que un club”. Hablaremos de ellas luego.



Mosaico mostrando *agitatores* romanos

Fuente: <http://hipodromosycaballos.blogspot.com.es/2012/05/el-diseno-en-las-chaquetillas-de-los.html>

Cronistas deportivos de lujo: Homero y Sófocles

No siempre ganaba la carrera el que conducía los caballos más veloces, sino el que con maña sacaba el mejor provecho de sus recursos, aunque guiara caballos mediocres. En la *Illiada*, el anciano Néstor da instrucciones concretas a su hijo Antíloco sobre cómo debe girar cuando llegue al extremo de la pista, la *meta*, momento crucial de la carrera. Nos lo cuenta Homero, en el canto XXIII, que reproducimos en la traducción de Emilio Crespo:

Arrimándote bien a ella (la meta), guía cerca el carro y los caballos,/y tú mismo inclínate en la bien trenzada caja del carro/suavemente a la izquierda para ayudarlos. Al caballo derecho/aguijonéalo con la voz y afloja sus riendas en las manos./Y que tu caballo

izquierdo se arrime a la linde,/hasta que te dé la impresión de que su borde roza el cubo/de la bien fabricada rueda . Pero evita tocar la piedra,/si no quieres herir a los caballos y hacer añicos el carro; eso sería el hazmerreir para los demás y un oprobio para ti.(Il. XXIII, 334 s.)

Y más adelante, Homero nos sitúa en el centro mismo de la carrera, con versos que tradujo así A. López Eire:

...Y unas veces los carros se acercaban/a la tierra que a muchos alimenta,/otras veces saltaban en el aire;/mas los aurigas dentro de sus cajas/derechos se tenían, y, anhelando/alcanzar la victoria todos ellos/ latía el corazón de cada uno./Exhortó cada cual a sus caballos/y ellos volaban a todo lo largo/ de la llanura , levantando el polvo (Il. XXIII, 365 s.)

Este canto, como el resto de la obra de Homero, se recitó miles de veces a lo largo de siglos, por los rapsodas que visitaban los teatros, los palacios o los soportales de las plazas públicas. A la gente no solo le gustaba escuchar el ritmo de los hexámetros, que conocían de sobra y juzgaban severamente, sino también su contenido: Homero era una enciclopedia. En su obra se podían encontrar instrucciones para todo: para asar carne en los espetones, hablar en público, aparejar un barco y echarlo a la mar o servir un banquete y honrar a un huésped. Y desde luego no podían faltar referencias a las carreras de carros y consejos para obtener la victoria, con la precisión y el rigor que exigiría un buen aficionado. Y todo el mundo, en la Grecia antigua, se tenía por tal. Y más que nadie la "gente bien", que era quien podía permitirse mantener caballos de carreras.

Esta gran afición explica por qué Sófocles, en su *Electra*, dedica más de cincuenta versos a narrar el accidente que había causado, fingidamente, la muerte de Orestes. Fingidamente, porque Orestes estaba vivo y el accidente era una invención. Pero como los accidentes de carro eran frecuentes y podían tener fatales consecuencias para cocheros y caballos, la detallada descripción de uno de ellos despertaba, con toda seguridad, el interés de los espectadores. Y Sófocles no perdió la ocasión de granjearse el favor del público. Aunque, desde el punto de vista estrictamente dramático, no era necesario recrearse tanto en los detalles.

Les ofrezco la descripción del accidente de carro de Orestes, según la narra Sófocles, en la versión castellana de Luis Gil:

...Orestes, ciñéndose a la estela de la meta, le arrimaba en cada vuelta demasiado el cubo de la rueda, mientras soltaba rienda al caballo de tiro de la derecha y sofrenaba al que estaba junto a aquella...Las demás vueltas las había dado el infeliz a salvo, ... pero por último suelta la rienda izquierda al caballo al doblar éste la meta y choca sin darse cuenta con el borde de la estela. Rompió en dos pedazos el buje del eje y cayó por encima de la baranda del carro, enredándose en las bien cortadas riendas, y mientras cae al suelo, sus potras se desmandan hacia el centro de la pista. Cuando la muchedumbre lo vio caído del carro, lanzó un grito de compasión por el joven...a ratos era arrastrado por el suelo, y otras veces se le veía con las piernas en alto, hasta que los conductores, deteniendo a duras penas las carreras de sus caballos, lo desataron, tan cubierto de sangre que, al verlo, ninguno de sus amigos hubiera podido reconocer su cuerpo. (Electra, vv. 700-755).

Las victorias eran objeto de las mayores celebraciones. El nombre de los vencedores – hombres y caballos- ha llegado hasta nosotros grabado en versos. Y así sabemos gracias al poeta Baquílides, que el tirano Hierón de Siracusa ganó la carrera de cuadrigas en los juegos Olímpicos del 468 a.C. y que su caballo *Ferenico* (con cuyo nombre bauticé al mío, por cierto) había ganado ya la Olimpiada del 476, según celebra Píndaro.

Siglos después, en Roma....

La afición pasó a Etruria y de allí a Roma, donde se convirtió en el gran espectáculo de masas que todos conocemos gracias al cine. Monumentales circos, a lo largo y ancho de todo el mundo romano y una pléyade de profesionales lo hacían posible. Pensemos en nuestras corridas de toros : ganaderos, matadores y banderilleros, representantes, empresarios, mozos, veterinarios, transportistas, areneros, músicos, sastres especialistas, cartelistas, etc. Háganse las oportunas variaciones y añádase al conjunto otras peculiaridades: apuestas, rivalidad entre bandos o facciones, fabricación y mantenimiento de carros, talabartería, magia, astrología y el contenido político de los *ludi circenses*, que en Constantinopla llegó a disfrazarse con ropajes teológicos: este último aspecto llegó a ser muy serio y ocasionó en ocasiones problemas de orden público con derramamiento de sangre.

En Roma se celebraron juegos circenses más de un tercio de los días de un año. Durante la celebración de las grandes competiciones, las ciudades quedaban desiertas y en silencio: todo el mundo estaba en las carreras y patrullas militares recorrían las calles para evitar el pillaje. Lo de *pan y circo* no es un mero tópico carente de rigor. Si tenemos en cuenta además que las luchas de gladiadores también llenaban los anfiteatros y que había espectáculos de mimos y comedias, podemos preguntarnos cuándo trabajaban los romanos. Pero claro, para eso estaban los esclavos.

En las carreras de cuadrigas compitieron normalmente cuatro *factiones*, cada una con su color distintivo: *factio albata*, *factio veneta*, *factio prasina* y *factio russata* (bando blanco, azul, verde y rojo, respectivamente). Constituían verdaderas empresas en las que había enormes capitales invertidos en caballos, carros, sueldos de corredores, establos, empleados, manutención, traslados, cuidados de bestias y hombres, etc. Los aurigas eran gentes a sueldo, verdaderos profesionales, diríamos hoy. Esclavos muchas veces, pero no siempre. Los premios se distribuían entre ellos y la empresa o *factio*, y aún así, no alcanzaba para cubrir los gastos.

De ahí la importancia de hacer buenos fichajes: aurigas, entrenadores y caballos eran objeto de un agresivo comercio. Y los vemos en una u otra *factio* a lo largo de su carrera deportiva. Para ganar y obtener premios se recurría a todo tipo de artimañas: la magia entre ellas. Hombres y caballos se protegían con amuletos contra los hechizos y aojamientos...que a su vez lanzaban contra sus contrarios. Así, por ejemplo, los cascabeles que cuelgan de los petrales que aparecen en algunos mosaicos, eran antídotos contra brujerías. Y lo mismo puede decirse de los tatuajes de los aurigas.



Tabella defixionum (tablilla de encantamientos) de Hadrumetum (Túnez)

Fuente: <http://almacendeclasicas.blogspot.com.es/2013/08/maldiciones-romanas-ii.html>

La tablilla, de plomo, mide 11 por 9 centímetros. Por una cara se encuentra el siguiente texto, transcrito y traducido por J. Sanguino Collado:

Adiuro te demon qui/cunque es et demando ti/bi ex anc ora anc di/e ex oc momento, ut equos / prasini et albi crucies / ocidas, et agitatore Cla/rum et Felice et Primu/lum ocidas/collida, neque spiritum illis/lerinquas; adiure te / per eum qui te resoluit / temporibus deum pelagi/cum aerium Iaw Iasdaw / ooriw...ahia.

Te conjuro, demonio, quienquiera que seas y te pido que desde esta hora, este día, desde este momento, torture y mates a los caballos de los Verdes y de los Blancos, y hagas chocar y mates a los aurigas Claro, Félix, Prímulo y Romano y no dejes ni el espíritu para ellos, te conjuro a través de éste que te desligó para siempre, el dios del mar y del cielo Iaw Iasdaw ooriw...ahia.

En la otra cara hay grabado un demonio, con cresta de gallo, de pie sobre una pequeña barca, que porta en las manos una copa y un incensario.

Por los alrededores de los circos merodeaban astrólogos, corredores de apuestas, informadores, magos y brujas. Y se podían conseguir ciertas tablillas de plomo garabateadas con símbolos y palabras siniestras que garantizaban cojeras de caballos y roturas de ejes de carros. La fé, del signo que sea, siempre ha movido montañas. Y negocios. Este oscuro comercio estaba perseguido y muy severamente castigado por las autoridades. Pero las medidas represoras debieron tener una eficacia limitada, porque se han encontrado abundantes testimonios arqueológicos. Que hoy, "blaqueadas" ya sus imprecaciones, se exhiben en las vitrinas de los museos.

Y en este mundo de caballos de carreras y de pasiones partidarias, destacó sobre todos un auriga, del que nos vamos a ocupar inmediatamente:

El español Diocles, "As" de los circos romanos

Con este título publicó el profesor García y Bellido un precioso artículo en la revista *Arbor* de noviembre de 1955. En él se incluía como tema central, la primera traducción completa al español de una lápida que *enumeraba las victorias y premios obtenidos durante veinticuatro años de actividad profesional por el "recordman" de los aurigas de todos los tiempos, por el "as" de las carreras de carros circenses, el famosísimo "agitator", Caius Apuleius Diocles.*

Diocles era *natione hispanus lusitanus*, es decir, *hispano lusitano de nación*, sin que se conozcan más detalles sobre su lugar de origen. La Provincia Lusitania comprendía los territorios entre el Duero y el Guadiana, la mayor parte de los que hoy son Portugal y Extremadura. Su capital, Emerita Augusta –Mérida-, contaba con uno de los circos más grandes del Imperio Romano, inaugurado, se supone, a mediados del siglo I: unos cincuenta años antes del nacimiento de Diocles, que ocurrió el año 104, en tiempos de Trajano.

Lusitania era y es tierra de magníficos caballos. Quizás porque a sus yeguas, según cuenta Columela, las fecundaba el viento: *...vueltas hacia el Céfito atraen hacia sí sus dulces brisas y a menudo, sin ninguna clase de cópula quedan preñadas del viento, cosa esta increíble de contar.. (Col. VI, 27)* Fuera o no el viento el autor de la preñez de las yeguas lusitanas, lo cierto es que sus crías tenían fama de ser muy veloces. Diocles nació, sin duda, en tierra de buenos caballos. Y de gran afición a las carreras, como atestiguan, aún hoy, las dimensiones de su circo. Pero además de contar con un entorno adecuado, debió apuntar maneras desde niño, porque a los dieciocho ya competía en Roma.



Circo Romano de Mérida

Fuente: http://www.romansites.com/anfiteatri/merida_augusta_emerita.htm

Obtuvo su primera victoria con la *factio albata* y corrió después para la *prasina* y la *russata*. Durante veinticuatro años participó en 4.257 carreras, de las que ganó 1.462. Nueve de

sus caballos lograron más de cien victorias. Alternando bajo el yugo en el centro de la cuadriga a *Cotynus*, *Galata*, *Abigeius*, *Lucidus* y *Pompeianus* obtuvo 445 victorias: Con *Pompeianus* entró vencedor 152 veces y consiguió premios por 560.000 sestercios. Venció conduciendo un carro tirado por siete caballos, compitió sin látigo, con caballos ajenos en el lado izquierdo...en fin, fue un mito y nadie, nunca, logró superar sus hazañas. Según los exactos datos epigráficos que se conservan, ganó 35.863.120 sestercios: una auténtica fortuna, para su época y para la nuestra.

No todos los aurigas tenían la misma suerte. Otro *agitator*, Eutyques, se queja amargamente en su epitafio de su destino: solo se le había permitido competir en carreras de *bigae* (carros tirados por dos caballos), aunque él ya se atrevía a dirigir carros de cuatro caballos. Y añade este patético lamento: *Ni para morir se me ha concedido la gloria del circo, para que la multitud enfervorizada me regalase sus lágrimas. Enfermedades febriles quemaron mis vísceras...Te lo ruego caminante, esparce flores sobre mi busto: tal vez ya me hiciste ese favor en vida.*

Pero Diocles fue un hombre afortunado. Después de haber conocido la gloria, rico y famoso se retiró a Praeneste –Praestina– y allí murió, en su cama. Sus hijos le dedicaron un monumento funerario. Y todavía hoy, en Mérida, posiblemente su pueblo, una calle conserva su nombre y su recuerdo. S.T.L.T.

